



Título: El Café de Canterville l Burlamuertes
2018, Primera edición
Autor: Minerva Gallofré
Ilustraciones y diseño: Diego A. Bartolomé
Banda sonora: Daniel García Bardo
Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos
© Minerva Gallofré
© Diego A. Bartolomé
© Daniel García Bardo
© Editorial Tres Inviernos
ISBN: 978-84-948817-7-0
Depósito Legal: M-31202-2018
Impreso en España
www.editorialtresinviernos.com
Contacto: hola@editorialtresinviernos.com
Todos los derechos reservados

*Colección
Pulp-Winter*



El CAFÉ de CANTERVILLE

presenta...

Burlamuertes

por

Minerva Gallofré



TRES INVIERNOS

Descárgate gratis el tema musical de esta historia:



Enlace:

editorialtresinviernos.com/es/audios/burlamuertes



Para mis abuelos:
Juan Manuel y Ana María.
Joan y Assumpció.

—El padre de mi madre tan solo tenía diecisiete años el día en que, luchando en el frente, con los bolsillos vacíos y la cabeza llena de ideales, recibió su primera y última bala: una bala en el estómago.

—¡Qué horror, señor Rider! —exclamó Margaret, apartando un cazo del fogón con la mano envuelta en un trapo. El fuego se ocupó de tragarse un par de gotas chorreantes, celebrándolo después con un aplauso hecho de chispas. Para entonces, la leche había llegado al punto delicado en que, sin llegar a quemarse, sacude su perfume de crema y entibia con él hasta la peor de las congojas. Detrás de la barra, entre azucarillos y cucharas con filigranas, en un tazón de

porcelana esperaba la poción quizás más arcaica de toda la tierra o, al menos, de toda la memoria humana: el café.

La propia Margaret no parecía pertenecer al mundo terrenal cuando ponía en marcha esa alquimia suya de los sabores, una alquimia fraguada con un poco de herencia familiar, otro tanto de talento y un mucho de magia vieja. Magia de camarera, como ella lo llamaba. Vertió la leche despacio sobre el café, usando solo la mano izquierda y sin remover, pues cada receta guardaba su propio orden. Y el amargor oscuro, bajo su influjo, liberó su dulzura oculta en los livianos brazos de la nata. Cuando puso la taza delante del señor Rider, el aliento ardiente del

capuccino le besó la punta de la nariz con una nube de aroma a juguetes.

—Mmmm... Margaret... Sabe a...

—¿Al caramelo de tofee que le compraba su padre los domingos?

El señor Rider no pudo responderle. Sin siquiera avisarle, la nostalgia le había tapado la boca. Margaret, consciente de su don, se dio la vuelta para limpiar los restos de leche.

—Disculpe, pero... —intervino otro cliente. Aparte de él, del señor Rider y de Margaret, esa noche no quedaba nadie más en El Café de Canterville—. Bueno, si usted está sentado a mi lado disfrutando de su café capuccino, significa que su abuelo se salvó. Esto... ¿cómo ocurrió?

El señor Rider no perdió ocasión para contar esa historia que tanto le gustaba, aunque antes sorbió un poco de su taza de café. La crema que manchó sus bigotes no era de un blanco muy distinto al de su barba de veterano.

—Pues verás, mi querido desconocido...

—Gabriel White —se presentó de inmediato, tendiéndole la mano con firmeza, la mano fina de un recién licenciado. El señor Rider le correspondió, por supuesto, aunque lo hizo con la suavidad de quien ya no necesita aparentar fortaleza.

—Escucha, Gabriel. Y también tú, Margaret: deja esos cacharros y siéntate un poco. Te gustará.

Margaret obedeció.

—Mi abuelo recibió una bala en el estómago, colmo de alguien que ha estado a punto de morir de hambre varias veces, ¿verdad? Nada se interpuso entre él y la bala, ningún compañero intrépido que lo amara demasiado; ningún dios misericordioso de última hora, porque esos viven muy lejos de aquí y ni el más ávido de todos habría llegado a tiempo. No, no. La bala atravesó su ropa, luego su piel y, finalmente, se abrió paso por dentro de su carne hasta hacerle un agujero en el estómago.

Margaret se estremeció y abrió mucho los ojos porque no había dejado de sorprenderse con esa historia. Gabriel... se hizo el duro. No lo logró del todo, aunque él no se dio cuenta.

—En medio de un combate nadie socorre a un hombre que agoniza y se desvanece. En medio de una batalla, un hombre que sangra como un cerdo es solo otro muerto. Ni siquiera sus compañeros de pelotón podrían haber cuidado de él, eso si seguían vivos, que era poco probable. El caso es que mi abuelo, que lo tenga en su gloria quien sea, se despertó. Era de noche todavía, pero se ve que ya lo habían amontonado junto al resto de cadáveres. No reconoció al hombre sin vida que yacía junto a él, quizás por ello le dio menos reparo quitarle una manta vieja que le habían echado por encima. «Yo tenía frío y él no la necesitaba», me contaba siempre. Sobrevivió a la noche, y al amanecer, cuando

otros soldados se acercaron allí para limpiar todo aquel desastre, entonces pidió ayuda. Su voz sonaba hueca, casi muda, y no le quedaban fuerzas para levantar los brazos ni para hacer alguna señal a sus salvadores. A pesar de todo, logró hacerse ver.

El señor Rider alcanzó una cuchari-lla. Trazó con ella varios surcos sobre la nata de su taza y se llevó a la boca una pizca. Oh, sus caramelos de tofee...

—¿Y bien? —insistió el joven Gabriel. Era imposible con solo mirarle saber si se creía o no aquella historia de viejos.

—Mi abuelo murió a los noventa y tres años dejando tres hijos y cuatro pares de nietos.